
LA RESPONSABILIDAD DEL LECTOR

Salvador Clotas

Director de *Letra Internacional*

I

Me considero un lector apasionado y exagerado. No se me ocurren otros adjetivos para calificar una verdadera obsesión por la lectura, sobre todo de ficción, desde que aprendí a juntar sílabas. Esto no es una exageración, ya que recuerdo que uno de mis primeros intentos como lector fue descifrar un libro cuyo título me atraía: *Las Aventuras de Arturo Gordon Pym*. Con gran esfuerzo y mérito leí unas cuantas páginas pero pronto lo dejé, ya que si bien era capaz de entender las palabras sueltas no lo era tanto de ligar frases. Puedo decir, en consecuencia, que nunca he leído el primer libro que recuerdo como mi primera lectura.

En todas las etapas de mi vida he leído un poco compulsivamente y, si bien muchas veces por cierta obligación, casi siempre ha sido por curiosidad y placer. Afortunadamente, hay muchos lectores así en el mundo entero y, como dijo Robbe-Grillet en una de sus últimas intervenciones públicas, quizá la última, en un coloquio sobre el futuro de la novela celebrado en la Fundación Luis Goytisolo en El Puerto de Santa María, estos lectores son la garantía de que la novela siempre existirá.

Naturalmente, hay muchas clases de lector. El que lee simplemente para pasar el rato, el que lee para obtener un beneficio, el que lee para aumentar su lista de libros leídos aunque no digeridos —estos son los lectores

que menos agradaban a Marcel Proust—, y sin duda me quedo corto porque la tipología del lector es casi inagotable, como nos muestra Pierre Bayard en su obra *Cómo hablar de los libros que no se han leído*¹, donde incluye entre los lectores a los no lectores.

Creo que no está de más esta introducción porque el fenómeno al que pretendo referirme es el papel de la no lectura o, quizá más exactamente, a un concepto más realista y sincero de la lectura, y lo haré de la mano de este original y provocativo ensayo de Bayard.

Rafael Lemus arremete en la revista *Letras Libres*² contra Bayard y su obra, llamando bobo al autor, proclamando que hay “pocos libros más deplorables” y calificándolo de estupidez. No le faltan razones a Lemus, que ha hecho una lectura severa de una obra que, según él, no es sino una “crítica de la lectura y un elogio de la no lectura”. Con las cosas de comer no se juega, de acuerdo, pero pienso que hay otras lecturas posibles y otras razones para defender este libro. Se puede leer, también, con una sonrisa y con bastante admiración hacia el ingenio, el desparpajo y el talento literario de Bayard. O puede uno erigirse en gendarme de la seriedad y condenar como enemigo de la lectura también a Oscar Wilde, que escribió que “jamás leo los libros que he de criticar para que no me influyan”.

Proust, en *La Lecture*, viene a decir que la auténtica lectura empieza una vez acabado el libro, cuando éste empieza a trabajar en la cabeza del lector. He de confesar que frente a la severa lectura de Lemus, mi lectura es benévola. El libro me ha divertido mucho y ha disparado mecanismos en mi imaginación y en mi pensamiento que me han llevado, cómo no, a una reafirmación de la transcendencia y el placer de la lectura.

II

Antes de proseguir con el comentario propiamente dicho a este ensayo, quisiera hacer mención de dos experiencias personales que guardan relación con el ensayo de Bayard, o que me parecen más significativas después de haberlo leído.

1. Bayard, Pierre, *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, Barcelona, Anagrama, 2007.

2. Noviembre de 2008.

En mi etapa de editor me encontré en varias ocasiones con Umberto Eco, entonces ejecutivo de una gran editorial italiana. En un encuentro en Milán le pregunté, quizá para empezar una conversación, qué leía o si había descubierto algún libro interesante. En aquel momento su respuesta me dejó bastante sorprendido, aunque pensé que se trataba de una *boutade*. Contestó: “Yo, querido, un día descubrí que se lee o se escribe. Yo escribo”. Juan Marsé –por cierto, un gran lector–, en un coloquio en el Círculo de Bellas Artes de Madrid respondió casi lo mismo a una pregunta de Isaac Rosa.

Ahora creo que esas respuestas son más sinceras de lo que creí entonces, y que responden a una realidad.

III

Recuerdo estas dos anécdotas porque expresan con franqueza una realidad que los lectores apasionados o exagerados casi nunca queremos contemplar: los límites de nuestra capacidad lectora. Este es, a mi juicio, el tema subyacente al ensayo de Bayard, y no lo es enseñarnos técnicas y trucos para hablar de libros que no hemos leído o que sólo hemos hojeado. Bayard cree (y lo justifica muy ingeniosamente) que tenemos todo el derecho a hablar sin fingimientos de libros que no hemos leído.

¿En qué se basa ese derecho? Sus teorías –o elucubraciones– parten de dos realidades innegables. La primera, que no tenemos tiempo, por larga que sea nuestra vida, de leer ni una mínima parte de lo que desearíamos o deberíamos leer como personas cultas. *Ars longa, vita brevis*. Muchos amigos, Alfonso Guerra entre ellos, tienen calculada más o menos la cantidad de libros que les queda por leer. Confieso que ese es un cálculo que me preocupa mucho, a mí, que ahora, sobre todo, me gusta releer.

Bayard pone como ejemplo para esa reflexión un divertido pasaje de *El hombre sin atributos* de Musil. Se trata de la conversación entre el general Sturm, que desea ilustrarse, y el responsable de la biblioteca. Éste le dice que la biblioteca contiene 3,5 millones de libros y que el tiempo necesario para leerlos todos serían 10.000 años. Ante la pregunta del general de cómo hace para conocer todos, el bibliotecario contesta que es muy sencillo: no leyendo ninguno. Musil nos hace ser conscientes de lo poco que podemos abarcar y concluye –según lo traslada Bayard– postulando que lo

importante es tener “una visión de conjunto”. Y Bayard concluye con una frase paradójica: “La lectura es, ante todo, la no lectura”³.

La aceptación de esta limitación temporal que padecemos como lectores justifica, a mi modo de ver, la importancia y la dignidad que Bayard concede al hecho de hojear libros y a los juicios que hacemos sobre los mismos. Expresa esa experiencia de lectura con las letras “LH”. Más adelante explicaré los conceptos bayardianos de “biblioteca colectiva” y “biblioteca individual” que se hallan en el núcleo de su teoría y que son, en definitiva, los que nos permiten, según el autor, hablar de los libros que no hemos leído.

IV

Si la brevedad de la vida es clave para valorar nuestra capacidad como lectores, nuestra mayor limitación radica en la naturaleza de la memoria humana. A veces recordamos con relativa perfección libros que hemos leído hace mucho tiempo. Suele ser el caso de los libros que leímos en la adolescencia y la juventud –según Proust, la edad de nuestras más auténticas lecturas– y que nos impresionan profundamente. Pero, ¿podemos fiarnos de esos recuerdos de lecturas o nuestra experiencia vital y nuestro imaginario los han transformado en gran manera? Con frecuencia, esto es lo que comprobamos al releer una obra al cabo de muchos años.

Es cierto: recordamos mejor los libros leídos en nuestros primeros años de lectores y olvidamos rápidamente lecturas más recientes. Se dice a veces que cuando un libro se olvida, es que merecía ser olvidado. Esta afirmación se basa en la suposición, nunca demostrada, de la estrecha relación entre memoria y calidad. Seguramente, sería más preciso decir que si olvidamos un libro no es porque “objetivamente” carezca de valor, sino porque no respondía a nuestras expectativas, necesidades o intereses como lectores en aquel momento. Pues bien: yo diría que los misterios del funcionamiento nemotécnico o de las partes del cerebro que les corresponden, son insondables. Seguramente, mi amigo el físico Jorge Wagensberg sabría explicarlo mejor que yo. En cualquier caso, Bayard lo hace, aunque no explícitamente, recurriendo a la figura de nuestras “bibliotecas interiores”.

3. Bayard, *op.cit.*, pág. 24.

Naturalmente, además de la mayor o menor capacidad de nuestra memoria está la esencia misma de la lectura, su extrema subjetividad. Ya se ha teorizado mucho sobre la lectura como creación. Leemos el mismo libro pero lo entendemos cada cual a nuestro modo. Se ha escrito mucho sobre el carácter creador de la lectura. No es necesario insistir más.

Pero sí es cierto que teniendo en cuenta las debilidades y limitaciones de nuestra memoria y el carácter siempre subjetivo y más bien imperfecto de nuestras lecturas, no tenemos más remedio que dar en parte razón a Bayard cuando afirma: “Lo que nosotros consideramos libros leídos es un amontonamiento heteróclito de fragmentos de textos, remodelados por nuestra imaginación y sin conexión alguna con los libros de otros, por mucho que materialmente sean idénticos a los que pasan por nuestras manos”⁴.

Estoy de acuerdo en que, así expresada, esta afirmación es una exageración. Sé, como Bayard, que hay cabezas más estructuradas, donde los recuerdos de las lecturas pueden compararse a los ladrillos de una construcción, mientras que en otras –las de los que llamo lectores exagerados– las lecturas se precipitan en lagunas donde, como las aguas, se mezclan y se oscurecen con el limo de otras impresiones y vivencias. Quizá sean éstos los que Lemus llama malos lectores, y los prefiere a los buenos.

Pero si hacemos un esfuerzo de sinceridad, aceptaremos que pocos lectores escaparán completamente a la provocadora definición de los libros leídos que hace Bayard –si bien no podremos contar entre ellos a los eruditos o teóricos de la literatura–. Seguramente, Menéndez Pidal no hubiera estado en absoluto de acuerdo con Bayard.

V

Lo que podríamos llamar el núcleo duro de la tesis de Bayard se basa en su concepto de “biblioteca colectiva”. Está claro, por todo lo que he mencionado, que no sólo no podemos leerlo todo, sino que nuestras posibilidades se limitan a una ínfima parte de lo que constituye nuestro universo cultural o libresco. Para Bayard, se impone tomarse en serio otros tipos de lectura, valorar como lectura el libro hojeado, evocado u olvidado, el

4. Bayard, *op.cit.*, pág. 101.

libro del que nos han hablado e incluso el que no hemos leído. Cualquiera de estos tipos de lectura o no lectura, según Bayard, nos legitima perfectamente para hablar y opinar sobre los libros en cuestión. Cita, como ejemplo, su propio caso. Nunca ha leído –ni piensa hacerlo– el *Ulises* de Joyce, y sin embargo tiene una opinión favorable del libro, incluso lo trata en sus clases.

Tendrán que permitirme que incluya aquí una cita un tanto extensa pero que pienso constituye un punto de encuentro entre la argumentación obsesiva y extrema del autor y el más puro sentido común:

Mi biblioteca intelectual, como cualquier biblioteca, está compuesta por huecos, espacios en blanco, lo cual no tiene, en realidad, ninguna importancia ya que se encuentra suficientemente armada como para que semejante lugar vacío no sea detectado. Y más cuando cualquier discurso se desliza de un libro a otro. Pese a las apariencias, la mayoría de mis conversaciones acerca de un libro no tratan sobre él, sino sobre ese conjunto mucho más amplio de todos los libros fundamentales sobre los cuales descansa cierta cultura, en un momento dado, ese conjunto que denominaré de ahora en adelante la biblioteca colectiva. Lo que cuenta, en realidad, es su dominio; eso es lo que está en juego en el discurso a propósito de los libros. Ese dominio es un dominio de las relaciones, no de un elemento aislado, y se conforma también con la ignorancia de una gran parte del conjunto. De tal suerte que un libro deja de ser desconocido a partir del momento en que penetra en nuestro campo de percepción, y no saber nada de él no es en modo alguno un obstáculo para meditar, deliberar sobre él... Incluso antes de abrirlo, la sola indicación de su título o la más simple mirada a su cubierta, bastan para suscitar en el hombre cultivado y curioso una serie de imágenes e impresiones que tan sólo esperan transformarse en una primera opinión, facilitada por la representación que la cultura general confiere al conjunto de libros⁵.

En consecuencia, Bayard define la cultura como “la capacidad de situar los libros en la biblioteca colectiva y de situarse en el interior de cada libro”. Y en coherencia con estas ideas, define a la persona cultivada de un modo del que resulta difícil discrepar: “Ser cultivado consiste en ser capaz

5. Bayard, *op. cit.*, pág. 30.

de orientarse rápidamente respecto a un libro, y eso no indica que se haya leído en su integridad”⁶.

VI

Creo que la única respuesta posible a nuestras limitaciones como lectores es seleccionar nuestras lecturas y asumir la responsabilidad sobre nuestra carrera como lectores. Sustituir la imposible obligación de leerlo todo por un criterio de discriminación. Añadiría, por tanto, a las categorías de Bayard la de “LNL”: “Libros que no deseo leer y no leeré”.

Como escribe Santiago Gamboa⁷, hay libros que, por una diversidad de razones, no es necesario acabar. Sin embargo, si seguimos la tesis de Bayard, sin duda esos libros forman parte de nuestros libros leídos. En muchos casos no los terminamos porque no lo consideramos necesario, ya que con las páginas leídas tenemos muy claro el contenido de la obra. Como dice Gamboa, “también puede uno dejar un libro por considerar que ya se acabó, aun cuando falten por leer cien páginas, como me pasa con frecuencia”. Es esta una experiencia que los jurados de premios literarios conocen bien. Es cierto que pueden cometerse injusticias, pero éstas afectan únicamente al interés suscitado por el escritor candidato, o a la ética del jurado en cuestión, no a su política lectora.

Considero que *Cómo hablar de los libros que no se han leído* constituye un excelente y sincero ensayo sobre la lectura. Es casi, como el propio Bayard afirma, una teoría de la lectura, cuyos efectos no me parecen para nada negativos, sino especialmente estimulantes para los lectores exagerados como yo lo soy, que sufrimos por todas aquellas obras que no tendremos tiempo de leer ■

6. Bayard, *op. cit.*, pág. 33.

7. Gamboa, Santiago, 23 de enero de 2010, “Libros que no acabé de leer”, Babelia, *El País*.